

**El mapuche como “lengua de llegada”: notas derridianas sobre la autotraducción en
Liliana Ancalao.**

Melisa Stocco
CONICET –UNCuyo

Este trabajo parte del cruce de tres textos aparentemente distantes y tangenciales en la obra de los dos autores en cuestión: el célebre filósofo Jacques Derrida y la poeta mapuche chubutense Liliana Ancalao. ¿Qué vínculo podemos establecer entre estas dos figuras tan apartadas, cultural, temporal y geográficamente?

En 1992, Jacques Derrida participa en Louisiana, Estados Unidos, de un coloquio sobre la francofonía fuera de Francia. Su ponencia es posteriormente ampliada y se convierte en el breve libro *El monolingüismo del otro (o la prótesis de origen)*. Derrida nació en El-Biar, Argelia, en 1930, descendiente de una familia judía sefardí en la que no se hablaba otra lengua más que el francés.

En mayo de 2005 la revista literaria *El Camarote*, publicada en la ciudad de Viedma, incluye en su número 5 un breve ensayo de Liliana Ancalao denominado “Oralitura” y cinco años más tarde, la revista *Boca de sapo* publica su texto “El idioma silenciado”. Ancalao nació en Comodoro Rivadavia en 1961, hija de padres de origen mapuche emigrados a la ciudad petrolera desde parajes de la meseta. Es profesora de Letras por la Universidad Nacional de la Patagonia y ha publicado dos libros de poesía, uno de los cuales, titulado *Mujeres a la Intemperie*, autotradujo al mapuche.

Ancalao no aprendió mapuche en su hogar, ya que sus abuelos no lo habían transmitido a sus padres. En su familia no se hablaba, al igual que en la de Derrida, más que un solo

idioma: en su caso, el castellano. Como ella misma relata: “La ciudad fue una posibilidad laboral (...). Se vinieron nuestros padres monolingües, sin *ngillatun*, sin *mapuzungun*.” Su encuentro con la lengua de sus antepasados resultó de un proceso de reconocimiento y reafirmación identitarios. El derrotero de Ancalao es semejante al de muchos otros descendientes de mapuches y define la situación sociolingüística del *mapuzungun* en la Argentina: aprender la lengua de los abuelos como se aprende una lengua extranjera.

Es este último rasgo en el vínculo de Ancalao con la lengua mapuche la que nos impulsa a buscar conexiones e iniciar un diálogo entre sus textos, “Orality” y “El idioma silenciado”, y el ensayo filosófico de Derrida. Pues ¿qué entendemos por lengua materna? ¿Qué por lengua extranjera? ¿Dónde podemos hallar fisuras en las aparentemente sólidas definiciones de ambas? ¿Y qué lugar ocupa la traducción, más aun, la autotraducción, en la profundidad de esas fisuras?

La paradoja que abre el texto de Derrida, a saber, “es posible ser monolingüe y hablar una lengua que no es la propia” da el puntapié inicial a nuestro intento por esbozar respuestas. A partir de su propia experiencia como ciudadano franco-magrebí en la colonia, como hijo de inmigrantes judíos que perdieron su lengua materna desde hacía ya varias generaciones para hablar solamente la lengua del colono, Derrida se plantea su monolingüismo a la vez como su morada y su condena. La lengua que habla es la única en la que puede habitar y la única que puede habitarlo. Sin embargo, esa lengua no es la suya. Y esto no porque se trate para él de una lengua extranjera, ni tampoco solo porque sea la lengua impuesta por el poder colonial, sino porque, a su entender, existe un doble postulado antinómico inherente al habla de toda lengua: “1. Nunca se habla más que una sola lengua, o más bien un solo idioma. 2. Nunca se habla una sola lengua, o más bien no hay idioma puro.”

Sobre los trazos de esta paradoja que Derrida denomina una “doble interdicción”, el autor despliega sus ideas sobre la traducción. Ésta sería la necesidad que existe y obra en la doble interdicción, en las fisuras de lo incommunicable, de ese territorio entre lo que soy capaz de decir y el ideal de un idioma puro y absoluto.

Si esta doble interdicción está implicada en toda lengua, la búsqueda por destruirla es todavía mayor en quien ha sufrido una situación de opresión lingüística y expropiación colonial. Dice Derrida, al recordar los mecanismos solapados a través de los cuales en el Liceo en Argelia se les obstaculizaba el aprendizaje de otras lenguas:

Quando se prohíbe el acceso a una lengua, no se prohíbe ninguna cosa, ningún gesto, ningún acto. Se prohíbe el acceso al decir, eso es todo, a cierto decir. Pero justamente en eso radica la interdicción fundamental, la interdicción absoluta (...) no es por lo tanto una interdicción entre otras.

Teníamos la opción, el derecho formal de aprender (...) La interdicción operaba por lo tanto por otros caminos. Más solapados, pacíficos, silenciosos, liberales. Se tomaba otras revanchas. En la manera de permitir y dar, pues en principio todo se daba o, en todo caso, se permitía.

Derrida sostiene que el deseo de romper con la interdicción se pone de manifiesto por medio de dos acciones yuxtapuestas: la escritura y la anamnesis. Encadenamiento de dos procesos: recordar y escribir. La privación que supone hablar una lengua que no es la mía implica la amnesia, la desfiguración de aquella que sí debería serlo. Ancalao, por su parte, cuenta: “Yo desperté en el medio de un lago, a boqueadas intenté decir gracias y no supe las palabras. No me habían sido dadas. Encontré en la poesía en “castilla” la posibilidad de expresar algo de la profundidad que me inundaba.” Entonces, escribir es recuperar lo

perdido. Al escribir, dice Derrida, “uno siempre se acuerda, se inquieta, se lanza a la búsqueda de historia y filiación”.

He aquí lo que surge entre las fisuras de lo comunicable y lo inefable: “Una ciega pulsión genealógica encontraría su nervio, su fuerza y su recurso en la partición misma de esta doble ley”, sostiene Derrida. Respecto de esa misma pulsión genealógica dice la poeta patagónica:

¿Qué curiosidad, qué impulso, qué insatisfacción nos despertaron? En mi caso, fue un proceso (...), un camino que me fue llevando a la decisión de asumir mi identidad originaria y con esta decisión a la posibilidad de recibir mi herencia histórica y cultural.

Deseo de reapropiación del origen, lucha contra el olvido. Al hablar del ingreso a la escuela, Ancalao da cuenta de una situación de monolingüismo y amnesia similar a la que describe Derrida: “Y nosotros ingresamos a la escuela del barrio, portando rostros y apellidos, sin idioma del cual avergonzarnos, con el castellano como primera y única lengua. Sin historia, sin memoria”.

El idioma de los ancestros de la poeta no encuentra siquiera el espacio de mera formalidad que el árabe, el hebreo o el berebere encontraban entre maestros y alumnos del Liceo francés de Derrida en Argelia. Es de todas maneras el mismo mecanismo solapado el que imprime en el *mapuzungun* un carácter de lengua interdicta. Ese mecanismo podría desentrañarse, en términos de Ancalao, como “la política del avergonzamiento” al interior del pueblo mapuche: “El *mapuzungun* pasó a ser un estigma, la marca de inferioridad de quienes ingresaban forzosamente al sistema capitalista, como mano de obra barata”.

Ante este cuadro, la siguiente pregunta de Derrida es más que oportuna y nos permite proseguir con el diálogo:

“¿En qué lengua escribir memorias, cuando no hubo lengua materna autorizada?
¿Cómo decir un “yo me acuerdo” que valga cuando hay que inventar la lengua y el yo,
inventarlos al mismo tiempo, más allá de ese despliegue, ese desencadenamiento de la
amnesia que desató la doble interdicción?”

Ancalao, por su parte, también se interroga por la forma de escribir la inefabilidad del recuerdo interdicto, y ensaya una posible respuesta:

¿Cómo se escribe esto que siempre anduvo en los árboles, tirado a la sombra de los helechos y los musgos, descolorido por el sol en las piedras de la estepa, salado en la transparencia de las orillas? ¿Cómo se escriben los colores escandalosos de los pájaros y la resistencia delicada de nuestros tejidos? ¿Cómo se escribe la voz gastada que nos cuenta de una estrella que cae y se clava en el pecho de una niña?

¿Cómo se escriben la profundidad y los ecos que nos transforman en cántaros a las mujeres?

Se escribe en el idioma originario, en la lengua que sigue siendo materna, mapuzungun, aunque la aprendamos como segunda lengua, y también en el otro idioma: castellano, inglés, francés, portugués...

Cuando “no hubo lengua materna autorizada” entonces el encuentro con ella se hace urgente y responde a lo que Derrida plantea como reacción al “desarraigo, la inaccesibilidad de las historias, la amnesia, la indescifrabilidad”. La pulsión genealógica que avanza a tientas en la oscuridad urdida por el olvido de las generaciones pasadas encuentra un camino posible de acoplarse a su deseo en la adquisición de la lengua perdida.

Se trata de lo que el filósofo llama “el movimiento compulsivo hacia la anamnesis, el amor destructor de la interdicción.”

Pero el camino hacia lo perdido no es retorno sino llegada. Dado que la poeta se autotraduce en un movimiento unilateral, la imposibilidad imprime su huella al momento en que la enunciación sólo puede ir del castellano al *mapuzungun* y no a la inversa. “Pienso en castellano y escribo, luego traduzco con torpeza al idioma que me seduce con su inmensidad y profundidad azul”, confiesa la autora.

Quisiera aquí asociar esa torpeza de la traducción de la que habla la poeta con la afasia del monolingüe retratado por Derrida. Éste, conjetura el filósofo, “quizás escribe porque es afásico”, y en esa escritura como proceso yuxtapuesto al proceso de la anamnesis, “se ve arrojado en la traducción absoluta”. Entonces, deberíamos desandar nuestros pasos y reafirmar en nuestras previas reflexiones la importancia de la traducción, específicamente, de esa forma tan particular que es la autotraducción. Decir, mejor: “Encadenamiento de tres procesos: recordar, traducir, escribir.”

Es, entonces, el proceso de autotraducción de poetas como Liliana Ancalao, escritores cuyo monolingüismo es fruto de la opresión lingüística (entre otras formas) de sus antepasados, un proceso en el que no hay, al decir de Jacques Derrida “más que lenguas de llegada”. Esas “solas llegadas” como las llama el filósofo, que en el caso de Ancalao serían tanto su poesía escrita en castellano como la autotraducida a un *mapuzungun* volátil como el recuerdo borroso de los antepasados a los que no conoció, un deseo por reconstituir, restaurar, o mejor, inventar una “preprimera lengua”, siguiendo a Derrida, “una preprimera lengua destinada a traducir (...) la memoria de lo que precisamente no tuvo lugar, de lo

que, tras haber sido (la) interdicción, debió no obstante dejar una huella, un espectro, el cuerpo fantasmal, el miembro fantasma -sensible, doloroso, pero apenas legible- de huellas, de marcas, de cicatrices. Como si se tratara de producir, al confesarla, la verdad de lo que nunca había tenido lugar.”

Escribir con la huella de lo incomunicable, con la huella del recuerdo interdicto, es como escribir con la sensación de aquel al que le ha sido amputada una mano y siente su presencia espectral al reflejar con un espejo la otra. La mano reflejada en el espejo podría asimilarse a la lengua impuesta, duplicada en el reflejo pero también habilitadora de la sensación espectral. La mano fantasma, por su parte, es como la lengua interdicta: se adivina como un pasado, incluso duele, aunque ya no pertenezca. Esta llegada al terreno de lo sensible por ausente, de lo doloroso por olvidado, de lo apenas legible por traducido a tropezones abre al escritor la puerta a un reducto de promesa, donde se logra o, aunque sea, se esboza, lo que el filósofo argelino llama:

cierto modo de apropiación amante y desesperada de la lengua, y a través .de ella de una palabra tan interdictora como interdicta (...) y a través de ella de todo idioma interdicto, la venganza amorosa y celosa de un nuevo adiestramiento que intenta restaurar la lengua, (...), y de tal modo hacerla pagar el tributo de la interdicción o, lo que sin duda viene a ser lo mismo, satisfacer ante ella el precio de la interdicción.

Si la mano existente y la mano amputada son posibles metáforas de la lengua impuesta y la lengua interdicta respectivamente, el espejo en la que una se refleja para que las sensaciones de la otra puedan evocarse es la traducción, más específicamente, el procedimiento de la autotraducción. Creo que en ese espacio

Esto da lugar a extrañas ceremonias, celebraciones secretas e inconfesables. Por lo tanto a operaciones cifradas, a una palabra sellada que circula en la lengua de todos.

BIBLIOGRAFÍA

ANCALAO, Liliana. (2005) "Oralitura" En: *El camarote* N° 5.

----- (2010) "El idioma silenciado". En: *Boca de Sapo: Revista de arte, literatura y pensamiento*. Segunda época, año XI, N° 6.

DERRIDA, Jacques. (1997) *El monolingüismo del otro (o la prótesis de origen)*. Trad. de Horacio Pons. Buenos Aires: Manantial.